



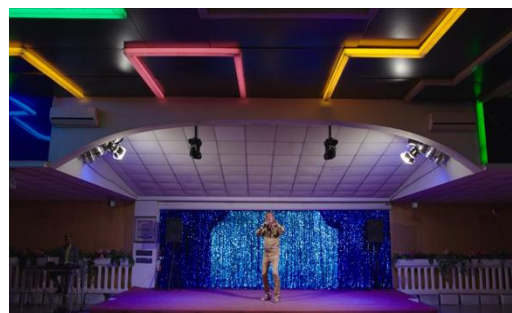
**Entre el ayer y el mañana en *Rimini*
(Ulrich Seidl, Austria, 2022)**

Por Cristina Rosales García
Universidad de Málaga (UMA)

Después de seis años de total ausencia, el polémico realizador austriaco Ulrich Seidl estrenaba en 2022 sus dos últimos proyectos, *Rimini* y *Sparta*, un díptico sobre la herencia moral del fascismo en Europa. La primera de ellas nos presenta a Richie Bravo (Michael Thomas), un añejo cantante de hotel venido a menos que pasa sus días malviviendo entre actuación y actuación. Su descenso social empieza, en la película, con el retorno al hogar familiar, en Austria,

por el fallecimiento de la madre. Allí, en su habitación de la infancia, donde los años parecen no haber transcurrido, entre pósteres de ídolos pasados y vinilos, se erige como una figura detenida en un tiempo pretérito, a sus ojos, mejor. Tras el funeral, en el que realiza su primera muestra de patetismo al entonar una canción de despedida a la madre muerta, regresa a su exilio voluntario en Rimini, la ciudad que da nombre a la película.

La lente de Seidl desmitifica la ciudad de Fellini al representarla en pleno invierno, cuando la costa italiana se sobrepone a la soledad de la ausencia turística y se mantiene a duras penas gracias a la visita de jubilados septuagenarios. En mitad de este yermo panorama, Bravo se confunde en la omnipresente indiferencia del paisaje. Su despopularización como *showman* lo obliga a prostituirse, más que por necesidad económica, por el deseo de volver a sentirse joven y admirado. Una urgencia casi primitiva por seguir



DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2023.33.1.489-492>

Copyright © 2023 Cristina Rosales García

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2023. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.



siendo relevante a la mirada femenina, aun fuera del escenario, que se ha ido convirtiendo a lo largo de los años en su obsesión. Su cotidianidad se verá alterada por la disruptiva aparición de su hija Tessa (Tessa Göttlicher), que, décadas después, viene a reclamar la manutención que le corresponde por derecho. De nuevo, el patetismo de Bravo se refleja en ese primer encuentro entre ambos, donde, sin reconocerla siquiera, intenta ligar con ella. Ante esta nueva situación, tendrá que hacer malabares para poder recompensar económicamente los años de abandono y ausencia. Porque, no nos confundamos, más allá de explicaciones o la posibilidad de una reconciliación paternofilial, lo único que busca Tessa es el dinero.

Planteada esta narrativa familiar, entendemos de dónde viene el miedo primigenio de Bravo a quedarse completamente solo y caer en el olvido más absoluto. También el porqué de su incapacidad de ser un buen padre, incluso cuando se le presenta la oportunidad de serlo. Un vistazo atrás, a su antecesor, nos muestra el origen de las decisiones que lo han llevado adonde está. El gran Richie Bravo se mira en un sucio espejo de hotel para devolvernos la imagen de su padre, un viejo nazi con demencia internado en un geriátrico. Incapaz de recordar a sus propios hijos, lo vemos entonando a la perfección cánticos a favor del Reich por las estancias comunes y alzando el brazo frente a la cámara. Sin embargo, poco queda ya

de él que, consumido por su propia carne, no es más que el patético reflejo de la historia más aterradora y oscura protagonizada por Europa. Una historia de la que, al parecer, no hemos aprendido ninguna lección.

Rimini es, sin ninguna duda, un minucioso y mordaz estudio de personaje, que tiende a la sátira y a la humillación reiterada de su protagonista. Richie Bravo representa la bajeza moral del ser humano, ese tipo de personas cuyo ego, lejos de provocar enfado, despierta una risa colectiva. *Rimini* es, también, una crónica de la soledad que antecede y amenaza a Bravo. Todo, desde el

residencia de su padre, refuerza esa sensación de soledad. La maldición de Bravo reside en el ritual de patetismo autoimpuesto que Seidl explora desde un humor incomodísimo y seco que, en realidad, apunta hacia nosotros. No hay lugar para la empatía, sí para una especie de regocijo y vínculo emocional hacia el final del largometraje. Por fin, Richie Bravo recibe un buen balde de justicia poética al tener que acoger en su casa —atestada de viejos y obsoletos recuerdos de lo que un día fue— a unos migrantes a los que desprecia. Un racismo que, durante el metraje, se vislumbra en las palabras, gestos y



paisaje neblinoso plagado de hoteles decadentes hasta las escenas intercaladas que tienen lugar en la

miradas de su protagonista hacia los únicos habitantes de Rimini en invierno. La sombra del padre nazi se

alarga hasta alcanzar a su hijo para perpetrar los valores rancios del pasado.

Seidl se sirve de sus recursos habituales —el plano fijo y general, la ausencia de música extradiegética— para construir, visual y metafóricamente, un marco concreto al que se asoma pero no se atreve a lanzarse. Él solo se encarga de captar una serie de imágenes sin digresiones, creando un efecto de realidad a través del cual es el público quien tiene la tarea de reflexionar. Su filmografía da cuenta de ello: en *Animal Love*, *Modelos* y *Paraíso: Esperanza* se lleva a cabo un ejercicio crítico acerca de la soledad y el egoísmo; en *Paraíso: Amor* y *Safari* la esclavitud se disfraza de “turismo sexual”; y el fanatismo religioso se esconde tras *Paraíso: Fe*. Su última película supone, por tanto, la consolidación de un estilo y unas intenciones discursivas que el director austriaco lleva años puliendo.

En *Rimini*, Seidl nos obliga a mirar, a no apartar la vista de su protagonista: un perdedor rechazado por la sociedad, condenado al ostracismo por sus propias acciones. A nosotros, en nuestro papel de voyeur, no nos queda más remedio que ser partícipes del ridículo más exponencial en cada escena. Aunque pueda

parecerlo, el largometraje no es solo la historia de un cantante de *schlager* caído en el olvido, tampoco es el estudio de la muerte chabacana de una carrera que, quizá, nunca fue brillante. Seidl dibuja una parábola escalofriante sobre los pecados del padre que se convierten, inevitablemente, en los castigos del hijo. La balanza moral acaba inclinándose, a través de las generaciones, hacia las sombras que llevan décadas amenazando con resurgir.

T. O. Rimini. 2022, Austria. Productoras: Ulrich Seidl Film Produktion GmbH, Essential Filmproduktion, Société Parisienne de Production. Dirección: Ulrich Seidl. Guion: Ulrich Seidl, Veronika Franz. Música: Fritz Ostermayer, Herwig Zamernik. Fotografía: Wolfgang Thaler. Intérpretes: Michael Thomas, Tessa Göttlincher, Hans-Michael Rehberg, Claudia Martini, Georg Friedrich, Ibrahim Isiktas. Duración: 115 min.